Á DON RAFAEL GASSET

SU AFECTÍSIMO

JACINTO BENAVENTE

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA SIRENA	SRA. VALVERDE.
SILVIA	SRTA. SUÁREZ.
LA SEÑORA DE POLICHINELA	» ALBA.
COLOMBINA	» PARDO.
LAURA	» TOSCANO.
RISELA	SRA. BELTRÁN.
LEANDRO	SRTA. DOMUS.
CRISPÍN	SR. PUGA.
EL DOCTOR	» RUBIO.
POLICHINELA	» MORA.
ARLEQUÍN	» BARRAYCOA.
EL CAPITÁN	» R. DE LA MATA.
PANTALÓN	» SIMÓ-RASO.
EL HOSTELERO	» PACHECO.
EL SECRETARIO	» ROMEA.
MOZO 1.º DE LA HOSTERÍA	» SUÁREZ (A.)
ÍDEM 2.º	» ENRÍQUEZ.
ALGUACILILLO 1.º	» DE DIEGO.
ÍDEM 2.º	» SUÁREZ (A.)

La acción pasa en un país imaginario, á principios del siglo XVII.

LOS INTERESES CREADOS

ACTO PRIMERO

PRÓLOGO

Telón corto en primer término, con puerta al foro, y en ésta un tapiz. Recitado por el personaje CRISPÍN.

He aquí el tinglado de la antigua farsa, la que alivió en posadas aldeanas el cansancio de los trajinantes, la que embobó en las plazas de humildes lugares á los simples villanos, la que juntó en ciudades populosas á los más variados concursos, como en París sobre el Puente Nuevo, cuando Tabarin desde su tablado de feria solicitaba la atención de todo transeunte, desde el espetado doctor que detiene un momento su docta cabalgadura para desarrugar por un instante la frente, siempre cargada de graves pensamientos, al escuchar algún donaire de la alegre farsa, hasta el pícaro hampón, que allí divierte sus ocios horas y horas, engañando al hambre con la risa, y el prelado y la dama de calidad y el gran señor desde sus carrozas, como la moza alegre y el soldado y el mercader y el estudiante. Gente de toda condición, que en ningún otro

lugar se hubiera reunido, comunicábase allí su regocijo, que muchas veces, más que de la farsa, reía el grave de ver reir al risueño, y el sabio al bobo, y los pobretes de ver reir á los grandes señores, ceñudos de ordinario, y los grandes de ver reir á los pobretes, tranquilizada su conciencia con pensar: ¡también los pobres ríen! Que nada prende tan pronto de unas almas en otras como esta simpatía de la risa. Alguna vez, también subió la farsa á palacios de príncipes, altísimos señores, por humorada de sus dueños, y no fué allí menos libre y despreocupada. Fué de todos y para todos. Del pueblo recogió burlas y malicias y dichos sentenciosos, de esa filosofía del pueblo, que siempre sufre, dulcificada por aquella resignación de los humildes de entonces, que no lo esperaban todo de este mundo, y por eso sabían reirse del mundo sin odio y sin amargura. Ilustró después su plebeyo origen con noble ejecutoria: Lope de Rueda, Shakespeare, Molière, como enamorados príncipes de cuento de hadas, elevaron á Cenicienta al más alto trono de la Poesía y del Arte. No presume de tan gloriosa estirpe esta farsa, que por curiosidad de su espíritu inquieto os presenta un poeta de ahora. Es una farsa *guiñolesca*, de asunto disparatado, sin realidad alguna. Pronto veréis cómo cuanto en ella sucede no pudo suceder nunca, que sus personajes no son ni semejan hombres y mujeres, sino muñecos ó fantoches de cartón y trapo, con groseros hilos, visibles á poca luz y al más corto de vista. Son las mismas grotescas máscaras de aquella comedia del Arte italiano, no tan regoci-

jadas como solían, porque han meditado mucho en tanto tiempo. Bien conoce el autor que tan primitivo espectáculo no es el más digno de un culto auditorio de estos tiempos; así, de vuestra cultura tanto como de vuestra bondad se ampara. El autor sólo pide que aniñéis cuanto sea posible vuestro espíritu. El mundo está ya viejo y chochea; el Arte no se resigna á envejecer, y por parecer niño finge balbuceos... Y he aquí cómo estos viejos polichinelas pretenden hoy divertiros con sus niñerías.

Mutación.

CUADRO PRIMERO

Plaza de una ciudad. Á la derecha, en primer término, fachada de una hostería con puerta practicable y en ella un aldabón. Encima de la puerta un letrero que diga: «Hostería.»

ESCENA PRIMERA

LEANDRO y CRISPÍN, que salen por la segunda izquierda.

LEANDRO

Gran ciudad ha de ser ésta, Crispín; en todo se advierte su señorío y riqueza.

CRISPÍN

Dos ciudades hay. ¡Quiera el Cielo que en la mejor hayamos dado!

LEANDRO

¿Dos ciudades dices, Crispín? Ya entiendo, antigua y nueva, una de cada parte del río.

CRISPÍN

¿Qué importa el río ni la vejez ni la novedad? Digo dos ciudades como en toda ciudad del mundo: una para el que llega con dinero, y otra para el que llega como nosotros.

LEANDRO

¡Harto es haber llegado sin tropezar con la Justicia! Y bien quisiera detenerme aquí algún tiempo, que ya me cansa tanto correr tierras.

CRISPÍN

Á mí no, que es condición de los naturales, como yo, del libre reino de Picardía no hacer asiento en parte alguna, si no es forzado y en galeras, que es duro asiento. Pero ya que sobre esta ciudad caímos y es plaza fuerte á lo que se descubre, tracemos como prudentes capitanes nuestro plan de batalla si hemos de conquistarla con provecho.

LEANDRO

¡Mal pertrechado ejército venimos!

CRISPÍN

Hombres somos, y con hombres hemos de vernos.

LEANDRO

Por todo caudal, nuestra persona. No quisiste que nos desprendiéramos de estos vestidos, que, malvendiéndolos, hubiéramos podido juntar algún dinero.

CRISPÍN

¡Antes me desprendiera yo de la piel que de un buen vestido! Que nada importa tanto como parecer, según va el mundo, y el vestido es lo que antes parece.

LEANDRO

¿Qué hemos de hacer, Crispín? Que el hambre y el cansancio me tienen abatido, y mal discurro.

CRISPÍN

Aquí no hay sino valerse del ingenio y de la desvergüenza, que sin ella nada vale el ingenio. Lo que he pensado es que tú has de hablar poco y dasabrido, para darte aires de persona de calidad; de vez en cuando te permito que descargues algún golpe sobre mis costillas; á cuanto te pregunten responde misterioso; y cuando hables por tu cuenta, sea con gravedad, como si sentenciaras. Eres joven, de buena presencia; hasta ahora sólo supiste malgastar tus cualidades; ya es hora de aprovecharse de ellas. Ponte en mis manos, que nada conviene tanto á un hombre como llevar á su lado quien haga notar sus méritos, que en uno mismo la modestia es necedad y la propia alabanza locura, y con las dos se

pierde para el mundo. Somos los hombres como mercancía, que valemos más ó menos según la habilidad del mercader que nos presenta. Yo te aseguro que así fueras vidrio, á mi cargo corre que pases por diamante. Y ahora llamemos á esta hostería, que lo primero es acampar á vista de la plaza.

LEANDRO

¿Á la hostería dices? ¿Y cómo pagaremos?

CRISPÍN

¡Si por tan poco te acobardas, busquemos un hospital ó casa de misericordia, ó pidamos limosna, si á lo piadoso nos acogemos; y si á lo bravo, volvamos al camino y salteemos al primer viandante; si á la verdad de nuestros recursos nos atenemos, no son otros nuestros recursos!

LEANDRO

Yo traigo cartas de introducción para personas de valimiento en esta ciudad, que podrán socorrernos.

CRISPÍN

¡Rompe luego esas cartas, y no pienses en tal bajeza! ¡Presentarnos á nadie como necesitados! ¡Buenas cartas de crédito son ésas! Hoy te recibirán con grandes cortesías, te dirán que su casa y su persona son tuyas, y á la segunda vez que llames á su puerta, ya te dirá el criado que su señor no está en casa ni para en ella; y á otra visita, ni te abrirán la puerta. Mundo es éste de

toma y daca; lonja de contratación, casa de cambio, y antes de pedir, ha de ofrecerse.

LEANDRO

¿Y qué podré yo ofrecer si nada tengo?

CRISPÍN

¡En qué poco te estimas! Pues qué, un hombre por sí, ¿nada vale? Un hombre puede ser soldado, y con su valor decidir una victoria; puede ser galán ó marido, y con dulce medicina curar á alguna dama de calidad ó doncella de buen linaje que se sienta morir de melancolía; puede ser criado de algún poderoso señor que se aficione de él y le eleve hasta su privanza, y tantas cosas más que no he de enumerarte. Para subir, cualquier escalón es bueno.

LEANDRO

¿Y si aun ese escalón me falta?

CRISPÍN

Yo te ofrezco mis espaldas para encumbrarte. Tú te verás en alto.

LEANDRO

¿Y si los dos damos en tierra?

CRISPÍN

Que ella nos sea leve. *(Llamando á la hostería con el aldabón.)* ¡Ah de la hostería! ¡Hola, digo!

¡Hostelero ó demonio! ¿Nadie responde? ¿Qué casa es ésta?

LEANDRO

¿Por qué esas voces si apenas llamaste?

CRISPÍN

¡Porque es ruindad hacer esperar de ese modo! *(Vuelve á llamar más fuerte.)* ¡Ah de la gente! ¡Ah de la casa! ¡Ah de todos los diablos!

HOSTELERO

(Dentro.) ¿Quién va? ¿Qué voces y qué modos son éstos? No hará tanto que esperan.

CRISPÍN

¡Ya fué mucho! Y bien nos informaron que es ésta muy ruin posada para gente noble.

ESCENA II

DICHOS, el HOSTELERO y dos MOZOS que salen de la hostería.

HOSTELERO

(Saliendo.) Poco á poco, que no es posada, sino hospedería, y muy grandes señores han parado en ella.

CRISPÍN

Quisiera yo ver á esos que llamáis grandes señores. Gentecilla de poco más ó menos. Bien

se advierte en esos mozos que no saben conocer á las personas de calidad, y se están ahí como pasmarotes sin atender á nuestro servicio.

HOSTELERO

¡Por vida que sois impertinente!

LEANDRO

Este criado mío siempre ha de extremar su celo. Buena es vuestra posada para el poco tiempo que he parar en ella. Disponed luego un aposento para mí y otro para este criado, y ahorremos palabras.

HOSTELERO

Perdonad, señor; si antes hubierais hablado... Siempre los señores han de ser más comedidos que sus criados.

CRISPÍN

Es que este buen señor mío á todo se acomoda; pero yo sé lo que conviene á su servicio, y no he de pasar por cosa mal hecha. Conducidnos ya al aposento.

HOSTELERO

¿No traéis bagaje alguno?

CRISPÍN

¿Pensáis que nuestro bagaje es hatillo de soldado ó de estudiante para traerlo á mano, ni que

mi señor ha de traer aquí ocho carros, que tras nosotros vienen, ni que aquí ha de parar sino el tiempo preciso que conviene al secreto de los servicios que en esta ciudad le están encomendados?...

LEANDRO

¿No callarás? ¿Qué secreto ha de haber contigo? ¡Pues voto á... que si alguien me descubre por tu hablar sin medida...! *(Le amenaza y le pega con la espada.)*

CRISPÍN

¡Valedme, que me matará! *(Corriendo.)*

HOSTELERO

(Interponiéndose entre Leandro y Crispín.) ¡Teneos, señor!

LEANDRO

Dejad que le castigue, que no hay falta para mí como el hablar sin tino.

HOSTELERO

¡No le castiguéis, señor!

LEANDRO

¡Dejadme, dejadme, que no aprenderá nunca! *(Al ir á pegar á Crispín, éste se esconde detrás del Hostelero, quien recibe los golpes.)*

CRISPÍN

(Quejándose.) ¡Ay, ay, ay!

HOSTELERO

¡Ay, digo yo, que me dió de plano!

LEANDRO

(Á Crispín.) Ve á lo que diste lugar; á que este infeliz fuera el golpeado. ¡Pídele perdón!

HOSTELERO

No es menester. Yo le perdono gustoso. *(Á los criados.)* ¿Qué hacéis ahí parados? Disponed los aposentos donde suele parar el emperador de Mantua y preparad comida para este caballero.

CRISPÍN

Dejad que yo les advierta de todo, que cometerán mil torpezas y pagaré yo luego, que mi señor, como veis, no perdona falta... Soy con vosotros, muchachos... Y tened cuenta á quien servís, que la mayor fortuna ó la mayor desdicha os entró por las puertas. *(Entran los criados y Crispín en la hostería.)*

HOSTELERO

(Á Leandro.) ¿Y podéis decirme vuestro nombre, de dónde venís y á qué propósito?...

LEANDRO

(Al ver salir á Crispín de la hostería.) Mi criado os lo dirá... Y aprended á no importunarme con preguntas... *(Entra en la hostería.)*

CRISPÍN

¡Buena la hicisteis! ¿Atreverse á preguntar á mi señor? Si os importa tenerle una hora siquiera en vuestra casa, no volváis á dirigirle la palabra.

HOSTELERO

Sabed que hay Ordenanzas muy severas que así lo disponen.

CRISPÍN

¡Veníos con Ordenanzas á mi señor! ¡Callad, callad, que no sabéis á quién tenéis en vuestra casa, y si lo supierais no diríais tantas impertinencias.

HOSTELERO

¿Pero no he de saber siquiera...?

CRISPÍN

¡Voto á..., que llamaré á mi señor y él os dirá lo que conviene, si no lo entendisteis! ¡Cuidad de que nada le falte y atendedle con vuestros cinco sentidos, que bien puede pesaros! ¿No sabéis conocer á las personas? ¿No visteis ya quién es mi señor? ¿Qué replicáis? ¡Vamos ya! *(Entra en la hostería empujando al Hostelero.)*

ESCENA III

ARLEQUÍN y el CAPITÁN, que salen por la segunda izquierda.

ARLEQUÍN

Vagando por los campos que rodean esta ciudad, lo mejor de ella sin duda alguna, creo que sin pensarlo hemos venido á dar frente á la hostería. ¡Animal de costumbre es el hombre! ¡Y dura costumbre la de alimentarse cada día!

CAPITÁN

¡La dulce música de vuestros versos me distrajo de mis pensamientos! ¡Amable privilegio de los poetas!

ARLEQUÍN

¡Que no les impide carecer de todo! Con temor llego á la hostería. ¿Consentirán hoy en fiarnos? ¡Válganos vuestra espada!

CAPITÁN

¿Mi espada? Mi espada de soldado como vuestro plectro de poeta, nada valen en esta ciudad de mercaderes y de negociantes... ¡Triste condición es la nuestra!

ARLEQUÍN

Bien decís. No la sublime poesía, que sólo canta de nobles y elevados asuntos; ya ni sirve po-

ner el ingenio á las plantas de los poderosos para elogiarlos ó satirizarlos; alabanzas ó diatribas no tienen valor para ellos; ni agradecen las unas ni temen las otras. El propio Aretino hubiera muerto de hambre en estos tiempos.

CAPITÁN

¿Y nosotros, decidme? Porque fuimos vencidos en las últimas guerras, más que por el enemigo poderoso por esos indignos traficantes que nos gobiernan y nos enviaron á defender sus intereses sin fuerzas y sin entusiasmo, porque nadie combate con fe por lo que no estima; ellos, que no dieron uno de los suyos para soldado ni soltaron moneda sino á buen interés y á mejor cuenta, y apenas temieron verla perdida amenazaron con hacer causa con el enemigo, ahora nos culpan á nosotros y nos maltratan y nos menosprecian y quisieran ahorrarse la mísera soldada con que creen pagarnos, y de muy buena gana nos despedirían si no temieran que un día todos los oprimidos por sus maldades y tiranías se levantaran contra ellos. ¡Pobres de ellos si ese día nos acordamos de qué parte están la razón y la justicia!

ARLEQUÍN

Si así fuera... ese día me tendréis á vuestro lado.

CAPITÁN

Con los poetas no hay que contar para nada, que es vuestro espíritu como el ópalo, que á cada

luz hace diversos visos. Hoy os apasionáis por lo que nace y mañana por lo que muere; pero más inclinados sois á enamoraros de todo lo ruinoso por melancólico. Y como sois por lo regular gente trasnochadora, más veces visteis morir el sol que amanecer el día, y más sabéis de sus ocasos que de sus auroras.

ARLEQUÍN

No lo diréis por mí, que he visto amanecer muchas veces cuando no tenía donde acostarme. ¿Y cómo queríais que cantara al día, alegre como alondra, si amanecía tan triste para mí? ¿Os decidís á probar fortuna?

CAPITÁN

¡Qué remedio! Sentémonos, y sea lo que disponga nuestro buen hostelero.

ARLEQUÍN

¡Hola! ¡Eh! ¿Quién sirve? *(Llamando en la hostería.)*

ESCENA IV

DICHOS; el HOSTELERO. Después los MOZOS, LEANDRO y CRISPÍN, que salen á su tiempo de la hostería.

HOSTELERO

¡Ah, caballeros! ¿Sois vosotros? Mucho lo siento, pero hoy no puedo servir á nadie en mi hostería.

CAPITÁN

¿Y por qué causa, si puede saberse?

HOSTELERO

¡Lindo desahogo es el vuestro en preguntarlo! ¿Pensáis que á mí me fía nadie lo que en mi casa se gasta?

CAPITÁN

¡Ah! ¿Es ése el motivo? ¿Y no somos personas de crédito á quien puede fiarse?

HOSTELERO

Para mí, no. Y como nunca pensé cobrar, para favor ya fué bastante; conque así, hagan merced de no volver por mi casa.

ARLEQUÍN

¿Creéis que todo es dinero en este bajo mundo? ¿Contáis por nada las ponderaciones que de vuestra casa hicimos en todas partes? ¡Hasta un soneto os tengo dedicado, y en él celebro vuestras perdices estofadas y vuestros pasteles de liebre!... Y en cuanto al señor Capitán, tened por seguro que él solo sostendrá contra un ejército el buen nombre de vuestra casa. ¿Nada vale esto? ¡Todo ha de ser moneda contante en el mundo!

HOSTELERO

¡No estoy para burlas! No he menester de vuestros sonetos ni de la espada del señor Capitán, que mejor pudiera emplearla.

CAPITÁN

¡Voto á..., que sí la emplearé escarmentando á un pícaro! *(Amenazándole y pegándole con la espada.)*

HOSTELERO

(Gritando.) ¿Qué es esto? ¿Contra mí? ¡Favor! ¡Justicia!

ARLEQUÍN

(Conteniendo al Capitán.) ¡No os perdáis por tan ruin sujeto!

CAPITÁN

He de matarle. *(Pegándole.)*

HOSTELERO

¡Favor! ¡Justicia!

MOZOS

(Saliendo de la hostería.) ¡Que matan á nuestro amo!

HOSTELERO

¡Socorredme!

CAPITÁN

¡No dejaré uno!

HOSTELERO

¿No vendrá nadie?

LEANDRO

(Saliendo con Crispín.) ¿Qué alboroto es éste?

CRISPÍN

¿En lugar donde mi señor se hospeda? ¿No hay sosiego posible en vuestra casa? Yo traeré á la Justicia, que pondrá orden en ello.

HOSTELERO

¡Esto ha de ser mi ruina! ¡Con tan gran señor en mi casa!

ARLEQUÍN

¿Quién es él?

HOSTELERO

¡No oséis preguntarlo!

CAPITÁN

Perdonad, señor, si turbamos vuestro reposo; pero este ruin hostelero...

HOSTELERO

No fué mía la culpa, señor, sino de estos desvergonzados...

CAPITÁN

¿Á mí desvergonzado? ¡No miraré nada!...

CRISPÍN

¡Alto, señor Capitán, que aquí tenéis quien satisfaga vuestros agravios, si los tenéis de este hombre!

HOSTELERO

Figuraos que ha más de un mes que comen á mi costa sin soltar blanca, y porque me negué hoy á servirles se vuelven contra mí.

ARLEQUÍN

Yo no, que todo lo llevo con paciencia.

CAPITÁN

¿Y es razón que á un soldado no se le haga crédito?

ARLEQUÍN

¿Y es razón que en nada se estime un soneto con estrambote que compuse á sus perdices estofadas y á sus pasteles de liebre?... Todo por fe, que no los probé nunca, sino carnero y potajes.

CRISPÍN

Estos dos nobles señores dicen muy bien, y es indignidad tratar de ese modo á un poeta y á un soldado.

ARLEQUÍN

¡Ah, señor; sois un alma grande!

CRISPÍN

Yo, no. Mi señor, aquí presente; que como tan gran señor, nada hay para él en el mundo como un poeta y un soldado.

LEANDRO

Cierto.

CRISPÍN

Y estad seguros de que mientras él pare en esta ciudad no habéis de carecer de nada, y cuanto gasto hagáis aquí corre de su cuenta.

LEANDRO

Cierto.

CRISPÍN

¡Y mírese mucho el hostelero en trataros como corresponde!

HOSTELERO

¡Señor!...

CRISPÍN

Y no seáis tan avaro de vuestras perdices ni de vuestras empanadas de gato, que no es razón que un poeta como el señor Arlequín hable por sueño de cosas tan palpables...

ARLEQUÍN

¿Conocéis mi nombre?

CRISPÍN

Yo, no; pero mi señor, como tan gran señor, conoce á cuantos poetas existen y existieron, siempre que sean dignos de ese nombre.

LEANDRO

Cierto.

CRISPÍN

Y ninguno tan grande como vos, señor Arlequín; y cada vez que pienso que aquí no se os ha guardado todo el respeto que merecéis...

HOSTELERO

Perdonad, señor. Yo les serviré como mandáis, y basta que seáis su fiador...

CAPITÁN

Señor, si en algo puedo serviros...

CRISPÍN

¿Es poco servicio el conoceros? ¡Glorioso Capitán, digno de ser cantado por este solo poeta!...

ARLEQUÍN

¡Señor!

CAPITÁN

¡Señor!

ARLEQUÍN

¿Y os son conocidos mis versos?

CRISPÍN

¿Cómo conocidos? ¡Olvidados los tengo! ¿No es vuestro aquel soneto admirable que empieza:

«La dulce mano que acaricia y mata.»

ARLEQUÍN

¿Cómo decís?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

CRISPÍN

«La dulce mano que acaricia y mata.»

ARLEQUÍN

¿Ese decís? No, no es mío ese soneto.

CRISPÍN

Pues merece ser vuestro. Y de vos, Capitán, ¿quién no conoce las hazañas? ¿No fuisteis el que sólo con veinte hombres asaltó el castillo de las Peñas Rojas en la famosa batalla de los Campos Negros?

CAPITÁN

¿Sabéis...?

CRISPÍN

¿Cómo si sabemos? ¡Oh! Cuántas veces se lo oí referir á mi señor entusiasmado. Veinte hombres, veinte y vos delante, y desde el castillo... ¡bum! ¡bum! ¡bum!, disparos, y bombardas, y pez hirviente, y demonios encendidos... ¡Y los veinte hombres como un solo hombre y vos delante! Y los de arriba... ¡bum! ¡bum! ¡bum! Y los tambores... ¡ran, rataplán, plan! Y los clarines... ¡tararí, tarí, tarí!... Y vosotros sólo con vuestra espada y vos sin espada... ¡ris, ris, ris!, golpe aquí, golpe allí..., una cabeza, un brazo... *(Empieza á golpes con la espada, dándole de plano al Hostelero y á los Mozos.)*

MOZOS

¡Ay, ay!

HOSTELERO

¡Téngase, que se apasiona como si pasara!

CRISPÍN

¿Cómo si me apasiono? Siempre sentí yo el *animus belli.*

CAPITÁN

No parece sino que os hallasteis presente.

CRISPÍN

Oírselo referir á mi señor, es como verlo, mejor que verlo. ¡Y á un soldado así, al héroe de las Peñas Rojas en los Campos Negros se le trata de esa manera!... ¡Ah! Gran suerte fué que mi señor se hallase presente, y que negocios de importancia le hayan traído á esta ciudad, donde él hará que se os trate con respeto, como merecéis... ¡Un poeta tan alto, un tan gran capitán! *(Á los Mozos.)* ¡Pronto! ¿Qué hacéis ahí como estafermos? Servidles de lo mejor que haya en vuestra casa, y ante todo una botella del mejor vino, que mi señor quiere beber con estos caballeros, y lo tendrá á gloria... ¿Qué hacéis ahí? ¡Pronto!

HOSTELERO

¡Voy, voy!... ¡No he librado de mala! *(Se va con los Mozos á la hostería.)*

ARLEQUÍN

¡Ah, señor! ¿Cómo agradeceros...?

CAPITÁN

¿Cómo pagaros...?

CRISPÍN

¡Nadie hable aquí de pagar, que es palabra que ofende! Sentaos, sentaos, que para mi señor, que á tantos príncipes y grandes ha sentado á su mesa, será éste el mayor orgullo.

LEANDRO

Cierto.

CRISPÍN

Mi señor no es de muchas palabras; pero, como veis, esas pocas son otras tantas sentencias llenas de sabiduría.

ARLEQUÍN

En todo muestra su grandeza.

CAPITÁN

No sabéis cómo conforta nuestro abatido espíritu hallar un gran señor como vos, que así nos considera.

CRISPÍN

Esto no es nada, que yo sé que mi señor no se contenta con tan poco y será capaz de llevaros consigo y colocaros en tan alto estado...

LEANDRO

(Aparte á Crispín.) No te alargues en palabras, Crispín...

CRISPÍN

Mi señor no gusta de palabras, pero ya le conoceréis por las obras.

HOSTELERO

(Saliendo con los Mozos que traen las viandas y ponen la mesa.) Aquí está el vino... y la comida.

CRISPÍN

¡Beban, beban y coman y no se priven de nada, que mi señor corre con todo, y si algo os falta, no dudéis en decirlo, que mi señor pondrá orden en ello, que el hostelero es dado á descuidarse!

HOSTELERO

No por cierto; pero comprenderéis...

CRISPÍN

No digáis palabra, que diréis una impertinencia.

CAPITÁN

¡Á vuestra salud!

LEANDRO

¡Á la vuestra, señores! ¡Por el más grande poeta y el mejor soldado!

ARLEQUÍN

¡Por el más noble señor!

CAPITÁN

¡Por el más generoso!

CRISPÍN

Y yo también he de beber, aunque sea atrevimiento. Por este día grande entre todos que juntó al más alto poeta, al más valiente capitán, al más noble señor y al más leal criado... Y permitid que mi señor se despida, que los negocios que le traen á esta ciudad no admiten demora.

LEANDRO

Cierto.

CRISPÍN

¿No faltaréis á presentarle vuestros respetos cada día?

ARLEQUÍN

Y á cada hora; y he de juntar á todos los músicos y poetas de mi amistad para festejarle con música y canciones.

CAPITÁN

Y yo he de traer á toda mi compañía con antorchas y luminarias.

LEANDRO

Ofenderéis mi modestia...

CRISPÍN

Y ahora, comed, bebed... ¡Pronto! Servid á estos señores. *(Aparte al Capitán.)* Entre nosotros... ¿estaréis sin blanca?

CAPITÁN

¿Qué hemos de deciros?

CRISPÍN

¡No digáis más! *(Al Hostelero.)* ¡Eh! ¡Aquí! Entregaréis á estos caballeros cuarenta ó cincuenta escudos por encargo de mi señor y de parte suya... ¡No dejéis de cumplir sus órdenes!

HOSTELERO

¡Descuidad! ¿Cuarenta ó cincuenta, decís?

CRISPÍN

Poned sesenta... ¡Caballeros, salud!

CAPITÁN

¡Viva el más grande caballero!

ARLEQUÍN

¡Viva!

CRISPÍN

¡Decid ¡viva! también vosotros, gente incivil!

HOSTELERO Y MOZOS

¡Viva!

CRISPÍN

¡Viva el más alto poeta y el mayor soldado!

TODOS

¡Viva!

LEANDRO

(Aparte á Crispín.) ¿Qué locuras son éstas, Crispín, y cómo saldremos de ellas?

CRISPÍN

Como entramos. Ya lo ves; la poesía y las armas son nuestras... ¡Adelante! ¡Sigamos la conquista del mundo! *(Todos se hacen saludos y reverencias, y Leandro y Crispín se van por la segunda izquierda. El Capitán y Arlequín se disponen á comer los asados que les han preparado el Hostelero y los Mozos que los sirven.)*

Mutación.

CUADRO SEGUNDO

Jardín con fachada de un pabellón, con puerta practicable en primer término izquierda. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

DOÑA SIRENA y COLOMBINA saliendo del pabellón.

SIRENA

¿No hay para perder el juicio, Colombina? ¡Que una dama se vea en trance tan afrentoso por gente baja y descomedida! ¿Cómo te atreviste á volver á mi presencia con tales razones?

COLOMBINA

¿Y no habíais de saberlo?

SIRENA

¡Morir me estaría mejor! ¿Y todos te dijeron lo mismo?

COLOMBINA

Uno por uno y como lo oisteis... El sastre, que no os enviará el vestido mientras no le paguéis todo lo adeudado.

SIRENA

¡El insolente! ¡El salteador de caminos! ¡Cuando es él quien me debe todo su crédito en esta ciudad, que hasta emplearle yo en el atavío de mi persona no supo lo que era vestir damas!

COLOMBINA

Y los cocineros y los músicos y los criados todos dijeron lo mismo; que no servirán esta noche en la fiesta si no les pagáis por adelantado.

SIRENA

¡Los sayones! ¡Los foragidos! ¡Cuándo se vió tanta insolencia en gente nacida para servirnos! ¿Es que ya no se paga más que con dinero? ¿Es que ya sólo se estima el dinero en el mundo? ¡Triste de la que se ve como yo, sin el amparo de un marido, ni de parientes, ni de allegados masculinos!... Que una mujer sola nada vale en el mundo por noble y virtuosa que sea. ¡Oh, tiempos de perdición! ¡Tiempos del Apocalipsis! ¡El Anticristo debe de ser llegado!